

11. También es muy de notar otra innovación que sirve así para la formación espiritual de cada individuo, como para el mejor y más desembarazado movimiento de toda la Orden, y es que no esté obligado cada uno á determinada medida de penitencias, sino que el confesor y Superior tase á cada cual las que debe hacer. «Una de las cosas que más notan y reprenden en la Compañía, dice el P. Ribadeneira, algunas personas devotas y espirituales, es que no tengamos penitencias corporales ordinarias y ciertas por estatuto y regla, para mortificar y domar nuestra carne, como las tienen las demás religiones y todos los santos antiguos nos lo enseñan con su doctrina y ejemplo» (1). Satisface á este reparo el mismo piadoso autor, demostrando el valor intrínseco de las penitencias corporales y el uso que de ellas se hace en la Compañía. Su conclusión se resume en estas breves y precisas palabras: «Entre la Compañía y las demás religiones no está la diferencia, en que la Compañía no usa de ninguna penitencia y las demás sí, sino en que las otras religiones comúnmente tienen tasadas por regla sus penitencias ordinarias, y la Compañía, aunque tiene penitencias, deja la tasa y modo de ellas á la prudencia y caridad del Superior.»

Véase la confirmación de esta práctica en la bula *Exposcit debitum* de Julio III, citada más arriba.

12. Examinadas estas propiedades, ocurre decir una palabra acerca del espíritu de la Compañía. Si por espíritu se entiende los medios que toma cada religión para conseguir su fin, el espíritu de la Compañía es lo que llevamos expuesto en estos dos capítulos. Pero entendiendo por espíritu de una religión el carácter virtuoso, la fisonomía espiritual, digámoslo así, de cada Orden, ó, en otros términos, las virtudes en que estriba principalmente su modo de obrar, podemos decir que toda la vida y movimiento de la Compañía gira en torno de estos dos polos, caridad y obediencia. La virtud principal,

*paupertatis, quae regularis instituti murus est et propugnaculum, perfectionem tuendam, omnemque ambitionis occasionem excludendam, nonnulla alia simplicia vota emittunt, quibus promittunt, se nunquam quacumque ratione acturos, vel consensuros, ut quae in constitutionibus Societatis circa paupertatem ordinata sunt, immutentur, nisi quando ex justa rerum exigentium causa, paupertas magis restringenda videretur; neque pretensuros, ne indirecte quidem, ut in aliquam praelationem vel dignitatem intra vel extra Societatem eligantur; neque extra Societatem in sui electionem, quantum in eis fuerit, consensuros, nisi coactos obedientia ejus, qui id ipsis possit sub poena peccati praecipere: item Societati, vel ejus Praeposito manifestaturos, si quem sciant aliquid hujusmodi moliri.»*

(1) Razón del Instituto de la Compañía de Jesús, c. III.

que ha de ser como la raíz de todo nuestro modo de proceder, es, sin duda, el amor. Nos manda San Ignacio que procuremos proceder con espíritu de amor, más bien que turbados de temor. Claro está que el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios, y por aquí debe empezar la santificación de todo cristiano; pero esto supuesto, quien de mero cristiano quiera pasar á jesuíta, es preciso que conciba vehemente amor de Dios, no aquel amor mal entendido, que se termina en suspiros tiernos, que se deslíe en estériles lágrimas y se evapora en vahidos y desmayos, sino el amor robusto que abraza la cruz de Cristo y la lleva hasta morir. El temor es muy bueno para evitar pecados; mas para ejecutar obras grandes y costosas, suele ser necesario aquel amor sobrenatural que ensancha el corazón, aquel fuego que el Hijo de Dios vino á traer á la tierra.

Este espíritu de amor ha de reinar continuamente en las relaciones mutuas que tengan entre sí los hijos de la Compañía. Es indispensable, que después de trabajar y afanarse por el bien de las almas encuentren los jesuítas en la caridad de sus hermanos el descanso, la paz y el aliento que se necesitan para continuar trabajando. Oigamos en este punto al glorioso San Francisco Javier: «Hasta ahora, á ninguno me pareció por fuerza, contra su voluntad, si no fuese fuerza de amor y caridad, de tener en la Compañía, mas antes, á los que no eran para nuestra Compañía, los despedía, deseando ellos de no salir della; y á los que me parecía que eran para la Compañía, con amor y caridad tratarlos, para más los confirmar en ella, pues tantos trabajos llevan en estas partes por servir á Dios nuestro Señor; y también por me parecer que Compañía de Jesús quiere decir Compañía de amor y conformidad de ánimos, y no de rigor y temor servil» (1). Aquí tiene el lector aquella definición de la Compañía, que con tanta devoción repetían nuestros Padres: «*Societas Jesu, Societas amoris.*»

Como fruto del verdadero amor, que no rehusa ningún sacrificio por el amado, debe observarse en la Compañía la más perfecta abnegación. Debemos vencernos, como dice San Ignacio, en la parte más alta y difícil de nosotros mismos, que son nuestras voluntades y juicios. De aquí la práctica de la santa obediencia, que es la virtud más necesaria por un lado, y más usual por otro, en la Compañía. Y con esta virtud están ya dichos todos los actos de mortificación, todos los

(1) Carta á San Ignacio. Cochin 12 de Enero de 1549. (*Monumenta Xaveriana*, tomo I, p. 476.)

sacrificios que en la vida religiosa se pueden ofrecer. Son los ministerios de la Compañía sumamente variados. Para ejercitarlos bien, se necesita mucha actividad, poner en juego todas las facultades del hombre y hacer valer todas sus habilidades; y aquí está el primor y la dificultad al mismo tiempo de nuestro modo de proceder. Es necesario obrar con toda la fuerza de que un hombre es capaz, y juntamente se requiere que toda esa fuerza esté dócil, para dejarse gobernar por la santa obediencia. El jesuíta debe estar dispuesto á renunciar á sus gustos, á sus deseos, y lo que es más, á sus planes y á sus ideas, para admitir los deseos, los planes y las ideas de la santa obediencia. Los hombres que alguna vez hayan acariciado ideas interesantes y trabajado largo tiempo en realizarlas, podrán adivinar lo que cuesta este sacrificio.

Para dirigir este movimiento tan variado, y mantener al hombre siempre sumiso al gobierno de los superiores, procura la Compañía inculcar á sus hijos aquellos grandes principios de perfección evangélica, que San Ignacio enseña en los Ejercicios espirituales. Aquella indiferencia para todas las cosas no ligadas necesariamente con nuestro último fin, aquel deseo generoso de señalarse en el servicio del Rey celestial, aquella abnegación de todo propio querer é interés, aquel obrar el *opposito per diametrum* de lo que sugiere la tentación, y principalmente, aquel tener siempre fija la mirada en el mayor servicio divino, acostumbrándose á mirar como accesorio y pequeño todo lo demás, estos grandes principios, repetimos, grabados en el corazón de todo hijo de la Compañía, son los que le hacen al mismo tiempo fuerte en el trabajo y flexible á la dirección de los Superiores.

Con estos principios puede y debe suplir la Compañía la falta de algunos auxilios exteriores que santamente usan otras religiones, según su instituto. No tenemos hábito que nos acredite á los ojos del pueblo; no tenemos coro que nos ayude á la oración fervorosa; no usamos la clausura, v. gr., de los cartujos, para preservarnos de las tentaciones. Pero si llevamos en el corazón las grandes verdades de los Ejercicios, nos haremos respetables por nuestra modestia, aun sin el auxilio del hábito; oraremos á Dios en todo tiempo y lugar, y nos mantendremos firmes en medio de las ocasiones en que Dios nos quisiera poner.

Un sistema parecido suele emplear la Compañía en la santificación de los prójimos. Siendo tan infinitamente variados los caracteres de las naciones y de los individuos con quienes trata; variando, por con-

siguiente, los medios é industrias de que se vale para santificarlos, se puede, con todo, afirmar que la Compañía usa, por lo general, de estos dos medios: 1.º Suma firmeza en inculcar las verdades fundamentales de la religión. 2.º Suma blandura y flexibilidad para hacerse todo á todos, según el consejo de San Pablo, en las cosas no necesarias para la eterna salvación.

13. Como feliz remate de este capítulo, queremos copiar las principales propiedades del espíritu de la Compañía, según las expresó uno de los hombres que mejor lo han conocido, el P. Jerónimo Nadal:

«Aunque el modo de vivir de la Compañía, cuanto al exterior, sea común por justos respetos, es *tamen* de pobres, y cuanto al interior, se esfuerza, con la gracia del Señor, en tener mucha perfección.

»Sigue la perfección de todas las virtudes, en ellas [en el objeto], en el modo y circunstancias, y más de las más perfectas, y muy intensamente la obediencia y la abnegación y oración mental, ejercitada y extendida en todas las operaciones; no deja *tamen* la vocal. No busca ni quiere más del mundo de lo que Cristo nuestro Señor, esto es, ayudar á las almas, y por esto padecer y morir, y en todo imitar á Jesucristo.

»Examina con mucha diligencia la vocación de cada uno por espíritu y discreción, y la confirma y ayuda por largas probaciones, y especialmente por Ejercicios espirituales y ejercicio de perfecta obediencia. Tiene libertad grande en poner á cada uno en su grado y ministerio, probado su talento. Tiene rigor, constancia y uniformidad en todo su modo de proceder, esto es, en comer, vestir y todas sus operaciones, procediendo *fortiter et suaviter*. Tiene prontitud suma en todos sus ministerios por salud de las ánimas. Tiene inclinación especial á ayudar que se conviertan los herejes é infieles, y así tiene especial luz contra las herejías é infidelidades. Tiene la conversación alegre, clara, devota, fácil, familiar y común. Tiene facilidad de hallar oración y á Dios nuestro Señor en todas las cosas, mediante su divino favor y ayuda. Sigue y abraza la verdad en todas las cosas, y en ella se afirma y de ella se guía en el Señor nuestro. No tiene coloquio ni conversación, sino por algún fruto espiritual, *mediate ó immediate*. Tiene mucha claridad y mucha caridad con todas las religiones, y en la verdad y gracia del Señor en ellas, y esto se extiende *etiam* á todos los religiosos.

»Desea y se esfuerza á todos los hombres ayudar para la salud y perfección de sus ánimas y vida, y especialmente de poner á cada uno en su vocación y verdad de su camino para la gloria, de modo

que conozca á Dios *in spiritu* y pueda por sí, con la gracia del Señor, no sólo ayudar á sí, mas *etiam* á los otros, con toda obediencia á la Iglesia santa y al Vicario de Cristo y á sus legítimos superiores. Procura de valerse de la virtud divina, obrar siempre en el Señor, y en Él ser, moverse y vivir *in spiritu*. Procura de caminar siempre de bien en mejor, y obrar á mayor gloria y alabanza de Dios. Nunca han de ser ociosos, sino cuando en sus iglesias ó casas no tienen ocupaciones espirituales, van á buscar quien ganen á Jesucristo, y han de tener el fin de la Compañía muy actuado siempre delante los ojos de su corazón. Sigue juntamente la perfección de espíritu y doctrina, ministra *tamen* y hace principal instrumento del espíritu, y sírvese de la doctrina y de todas las virtudes morales y actos de ellas, y de todos dones naturales con toda libertad y claridad en el Señor. Sigue y platica [práctica] muy de veras la mortificación en todas las cosas, que sean contrarias ó que puedan impedir á la perfección. Sigue muy especialmente la obediencia del entendimiento.

»Tiene libertad en el Señor de conversar y tratar con todos, chicos y grandes, por salud de las ánimas, y con esto no tiene familiaridad con mujeres *etiam* devotas, sino que trata con todas con gravedad paterna en Cristo, y así no toma cura de monjas, por serle propio de ayudar á todos, cada uno en su vocación, á seguir la verdad y perfección de ella, á mayor gloria y servicio de Dios nuestro Señor y salud de las ánimas, y así predica y da Ejercicios á monjas y á religiosos, y los reduce con la gracia del Señor á perfección de obediencia en mano de sus superiores. Tiene ordinario deseo de padecer oprobios, injurias y trabajos por Cristo. Tiene la Compañía síndicos en las cosas exteriores, y superintendentes en las interiores. Los Superiores tienen bien con quien consultar, mas no son obligados á seguir el consejo de los consultores. Tiene el General de la Compañía cuatro Asistentes (1), los cuales observan su modo de proceder, y en sus casos pueden avisar la Compañía y congregarla para la provisión dello, y deponer al General, si fuere menester, y así también los Prepósitos locales y Rectores sus consultores, los cuales avisen al General y Provincial, etc., y los Provinciales los suyos que avisen al General.

»Tiene también [la Compañía] sus casos reservados á los Superiores, y consuetud [costumbre] que no haya cosa secreta, fuera de la

(1) Cuando esto escribía el P. Nadal eran efectivamente cuatro los asistentes: el de Italia, el de España, el de Portugal y el del Septentrión.

confesión, que no se pueda manifestar al Superior. Prometen en la Compañía los profesos, y todos lo proponen y ofrecen, de no ser en ningún tiempo en alargar la pobreza y modo della en la Compañía. Ofrecen todos que ninguna dignidad pretenderán, ni en la Compañía ni fuera de ella, ni consentirán en la tal elección, sino por mandado del papa, del General ó de la Compañía, según consta en las Constituciones y sus declaraciones. Tiene la Compañía indiferencia de todas las cosas y plena resignación al Señor en mano y persona del Superior. Ninguno dura en la Compañía finalmente ficto [fingido] y que de veras no siga á Cristo en la perfección, y se humille plenamente en el espíritu de la Compañía. Hay prontitud en la Compañía, con la gracia del Señor, de ir á cualesquier infieles, *etiam* adonde se ve facilidad de morir por Cristo. Camina por la vía del espíritu y milita *sub crucis vexillo, Deo ac soli Domino, ac Ecclesiae ejus sponsae, sub romano Pontifice Christi in terris Vicario servit*.

»No se gobierna la Compañía *ex jure communi* en todas cosas, sino por sus especiales privilegios de la Iglesia santa. Sigue la Compañía mucha exacción y diligencia en que cuando un ánima le viene en manos, no dejarla hasta tanto que la ordene y concierte en el Señor en todo lo que es capaz para su salud y perfección. El modo de proceder de la Compañía es *fortiter et suaviter, in spiritu et virtute, ut interior sit sensus, sit et virtus spiritus, executio et verax et in virtute spiritus fundata; amplexatur vero Christum, ut est via, veritas et vita* (1). Tiene especial cuidado y observación contra toda novedad de doctrina en la Iglesia católica, y así ella sigue la común doctrina de los santos y de los doctores comúnmente recibidos, y nuevas opiniones no las juzga *ex communi receptione*, sin alguna curiosidad (2).

(1) Este parrafito, no tan fácil de traducir, pudiera expresarse así: «El modo de proceder de la Compañía es con fortaleza y suavidad, con espíritu y energía, de suerte que haya en lo interior devoción y fuerza de espíritu, y la ejecución sea sincera y fundada en la interior fuerza del espíritu. Abraza la Compañía á Jesucristo en cuanto es camino, verdad y vida.»

(2) *Instruktionen et regulae cum ordinationibus P. Natalis*, f. 232.